

# LA ISLA

## LAS CUMBRES

**P**or una cara dan sobre la misma Naturaleza y su Ciencia. Un gran ventanal, las auténticas Cumbres al fondo y en la misma sala, un gran mapa geológico de la isla. Por otra, la Naturaleza asimilada por el hombre (mito y arte): Cibeles, la diosa de la tierra y las montañas, y sobre dos fondos lejanos, el Museo del Prado y el Museo de Arte Moderno.

Desde nuestra ciudad no se ven las Cumbres. Hemos de adquirir, para verlas, la perspectiva del mar, de la Isleta o de las alturas que nos rodean, próximamente. Entonces se nos aparecen coronadas de nubes, oscuras, grises, cenicientas u ocres, pardas, rojizas o doradas, según la hora del día, la diafanidad de la atmósfera, la estación del año, haya tiempo sur o norte. Cuando más se nos dan como geología cristalina, más se aproxima nuestra mirada a la maldición o al rezo. Las Cumbres, para sernos amables, han de estar cubiertas o surgir entre vahos gigantescos, entre jirones de nieblas y desgarrones producidos por el sol. A sus dioses inconscientes que en ellas perduran se acercan los barrancos familiares.

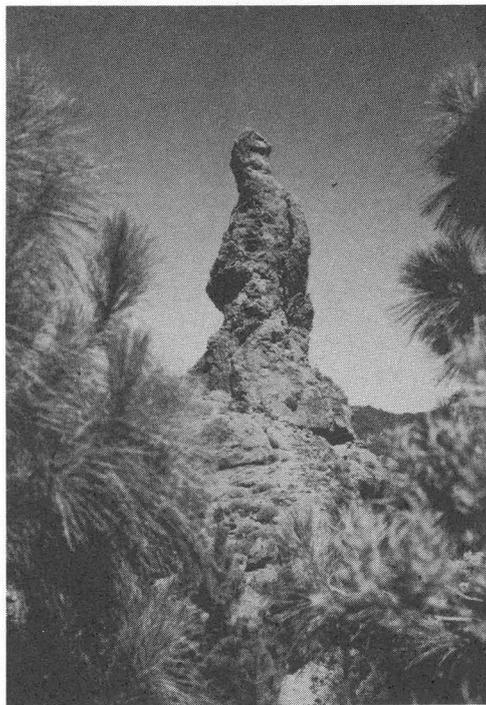
En síntesis, se puede decir que la Calología objetiva es un producto del Sur, del paisaje mediterráneo, y todas las demás teorías sobre la belleza y la estética son productos nórdicos, teñidos de la grisura del Septentrión o de esas claridades otoñales de Europa todo lo más. Aún la estética española no tiene nada que ver con el amable Mediterráneo. Es de meseta. Conservando su dogmatismo, se dio a la Mística.

(Pero lo que nos interesaría, para situar en el tiempo nuestra interpretación de las Cumbres, es saber cuándo y cómo nació la pasión de los artistas por el mundo que los rodeaba; cuándo realmente se empezó a dar al paisaje un valor espiritual consciente y lo reproducir la Literatura y el Arte.)

\* \* \*

Las Cumbres de Gran Canaria son, por su mera existencia, monstruosas realidades artísticas. A la Tempestad petrificada de Unamuno se puede replicar que la misma Tempestad es una imponente sinfonía wagneriana de la Naturaleza y que muchas veces las superficies lisas de los grandes monolitos coinciden con la representación cubista de las fugas de Bach. Las Cumbres, por su gigantéz, no tienen medida humana, no tienen medida clásica. Es de origen, de raíz, todo arte relacionado con las Cumbres, sin el artista proponérselo, arte desmedido y terrible, canción incabada, frase musical incomprensible, grito de espasmo.

Ya no estamos en la época del Mito, pero sería preciso crear una mi-



tología para nuestras cumbres. En esto como en otras cosas lamento el que la Antigüedad clásica no nos hubiese abarcado. Banquetes de dioses en la Cruz del Saucillo y un Cronos—Bentayga derrotado por la nueva generación de dioses cuyo padre es el Nublo; un coro de diosas blancas en el Pozo de las Nieves y los condenados gimien-do al paso de la Neblina...

Luego, en la Edad Media, hubiésemos tenido códices miniados en que la Anunciación tendría como fondo de ventana la silueta descarnada y geológica de nuestro mundo central y algunos de los volcanes, hoy apagados, expulsando la ceniza negra sobre campos de esmeralda.

Y entonces hubiese llegado por sus pasos contados la pintura y la literatura de hoy. Ella, para nosotros, en nuestra isla, ha de participar de la Geología, pues ésta forma el espíritu del

país. No se comprendería la historia de Inglaterra sin su Carbonífero. Ni la de España sin el gran arco de granitos primitivos que cruzan de Galicia a la Meseta. La historia áspera y terrosa del reino de Aragón es la de su interior de muelas mesozoicas. El arte de nuestra isla descarga sobre su geología: la música increada y la pintura, la escultura y la literatura presentes.

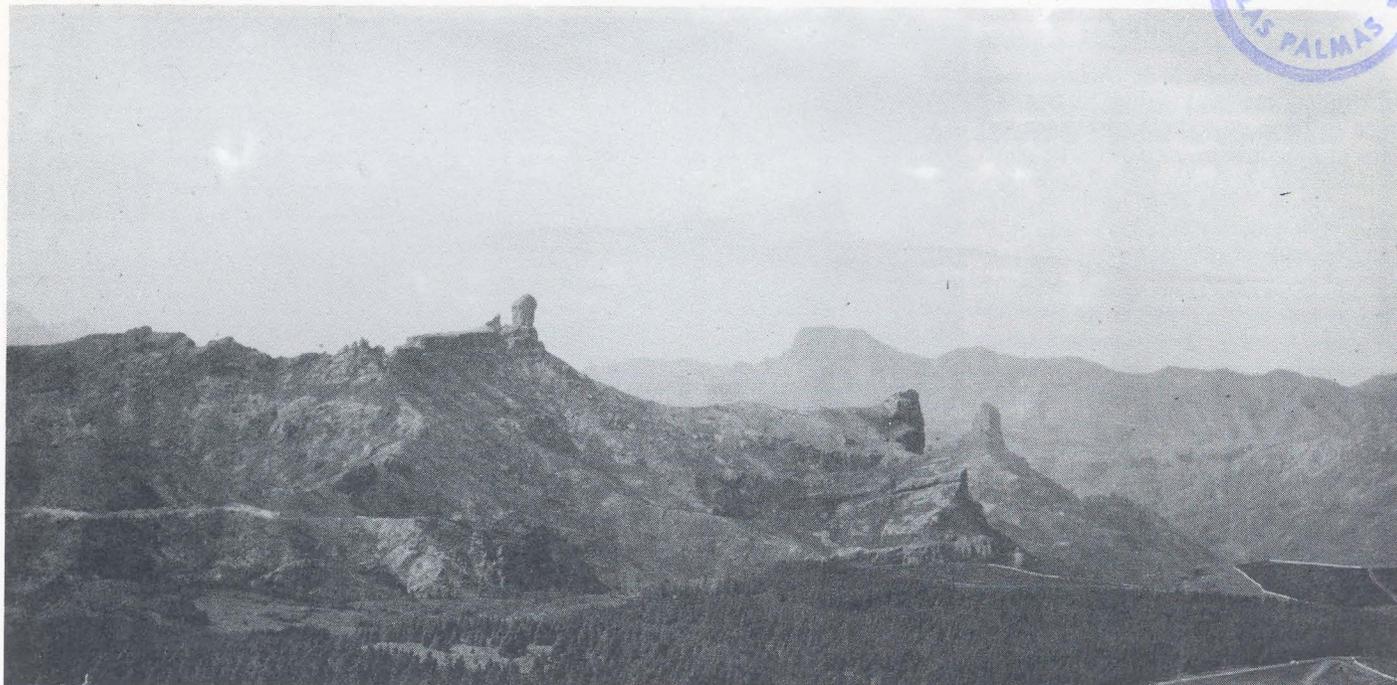
Como resumen de la eterna lucha, España, que de por sí es un microcosmo, presenta en su historia estética dos corrientes bien definidas. Lo dulce y blando, lo bello y grácil de Andalucía, frente a lo grandioso y áspero de la Meseta, lo escueto y duro. Es un dualismo que a veces se presenta hasta entre hermanos. Aunque parezca extraño, con otras características y sin tajantes diferencias que nunca existen en arte ni en la vida, también en la isla se repite el fenómeno. Es nuestro dualismo de Mar y Cumbre. El mar sonoro, cambiante, movable, amable casi siempre, clásico, tranquilo, pero a veces también trágico. La Cumbre incommovible, los pagos altos. Todo artista canario vive entre las dos tendencias.

Y mientras, todo se mueve en su torno: aguas, casas, hombres y barcos, en lo alto, en los atardeceres en que el cielo es gris tras ellas, las Cumbres semejan la piel de un rugoso monstruo abandonada, que ha quedado mal puesta en el centro de la isla esperando al taxidermista que la sepa recomponer. En las mañanas de sol tienen claridades de oro. Al mediodía suelen reverberar con espejismos de pesadillas. Cuando hay niebla son sus roques, proas, quillas al aire, siniestras arboladuras que navegan por un cielo de algodón para, de pronto, sumergirse en un caos de cien millones de flores blancas.

Pero cuando las Cumbres toman su tonalidad más bella es cuando los atardeceres tienen días de otoño, mientras en otros lugares de la Tierra cae esa lluvia dorada de las hojas. Son palabras robadas a Juan Ramón: "¡La cumbre! Ahí está el ocaso, todo empurpurado, herido por sus propios cristales, que le hacen sangre por doquiera". Una catedral en ruinas es entonces nuestra Cumbre. Aún quedan vidrios policromados en sus ventanales, pues un rayo de sol que las traspase vuelve morado, verde, azul, rojo, naranja, el paisaje que conocíamos con su tonalidad grisáceo verdosa. La abundancia de púrpura hace pensar en algún crimen. Pero seguramente se cometería en edades geológicas ya olvidadas y de él no se tendrán noticias más que en el día del Juicio Final.

*Tejeda*

Todo turista, si tiene talento, puede poner en circulación una frase



que no tarda mucho en llegar a ser un lugar común, del cual, nadie se cuida. Quien repose un mediodía de sol y cielo alto bajo las huertas regadas por la fuente de la Gallina, de la Piedra Molino, del Barranco de Acá en el Rincón o las húmedas por los regatos de los heredamientos de Cuevas Caídas, El Vaquero, Los Manantiales, El Viso o las Rosetas en la Culata; o aquel que rueda un atardecer morado, aguas abajo del barranco, por el Fondillo, con las corrientes del Colmenar, La Higuera, la Fuente Ciega, la Charca, por el bravo Timagada con Ayacata o Risco Palomo por la Solana, con el Chorrillo, aleja para siempre de sí todo pensamiento relacionado con nada terrible y enegador.

Los vientos del primer cuadrante dan a las mañanas de primavera un lírico frescor. Más allá de las Lagunetas el aire se enrarece de jaramagos. Por el parador, los jirones de bruma, y de pronto el círculo de los gigantes rosados. Desde él no se adivina siquiera lo que es Tejeda. Descendemos de la Cumbre. El pueblo. Ahora entendemos... Aquí toda una vida. Aquí, en un solo valle, donde hay gentes que cultivan sus rosas y mueren sin salir de él. Arriba el pinar, por Tamadaba, por Pajonales, las degolladas, los caideros, las charcas arenosas, la miel en los panales adonde no es posible guindarse, en los altos farallones cuarteados de berodes y artabacas. Aquí no ha salido a las eras la orteguiana Nuestra Señora del Arnero, pero hay un aire entre los guinderos que urge delicias pánicas. No es tampoco este valle un valle mirífico al estilo de Sangrillá. Es un valle macho, con sus problemas de sangre y de agua: frente por frente a la fortaleza de Acoma y el poblado castellano mirándose piedras contra tejas; el agua corriendo a raudales por medio de la calle, pero al atardecer con un trazo rosa y otro amarillo sobre la lejanía del pinar poniente he oído:

—Oiga, Panchito, ¿me podía echar pa mañana el agua de la señora?

—Mire, cristiano, usted sabe que yo no puedo disponer deso.

El peticionario ponía remusgos de odios ancestrales en la voz bajo la galería de madera, sobre el poyo que iba quedando en la oscuridad. Un aire frío de estepa ponía roja la piel de las muchachas. Un caballo pasó cojeando con un tipo gordo, de polainas, encima, que se paró poco más allá. La campana de la iglesia tocaba al Rosario de la tarde.

Tejeda tiene al Este el enorme espaldar de las Cumbres, desde el Nublo hasta el Chapín, pero el pueblo está como en un saliente que deja al Norte la concavidad del Rincón, bajo las macas y repisas del mismo Chapín y la montaña del Constantino; y al Sur el revuelco de la Culata limitada por Juan Gómez, el almagre; la Mina de Tejeda allá en lo alto, con pasta roja sobre el risco negro, y el Nublo y el Fraile orando en el extremo. Pero del Nublo deriva hacia el Oeste una larga cadena de montañas tras la que repta la carretera de San Bartolomé, poniendo remate al circo de Tejeda y alzándose sobre el Fondillo, casi recto, el enorme castillo del Bentayga que hemos visto de amanecida, con su verde manto de almendros. Bajo él está la salida del barranco hacia tierras más bajas, enfrente mismo del balcón que el pueblo tiene sobre sus propias tierras, con el Colmenar, Las Rosas y Guardaya a la derecha y como telón de fondo el recorte lejano de Tifaracal y Alta Vista y la fortaleza guanche de Acusa. Los barrios se extienden por todo este quebrado terreno, en el Rincón, en la Degollada, en el Majuelo de verdes prados, en la Tosca morada y roja; el Espinillo, la Solana, El Chorrillo, el Toscón, el Juncal, el Carrizal, la Culata... En el interior de los bellos caseríos, entre huertas de perales, albaricoques y manzanos, de al-

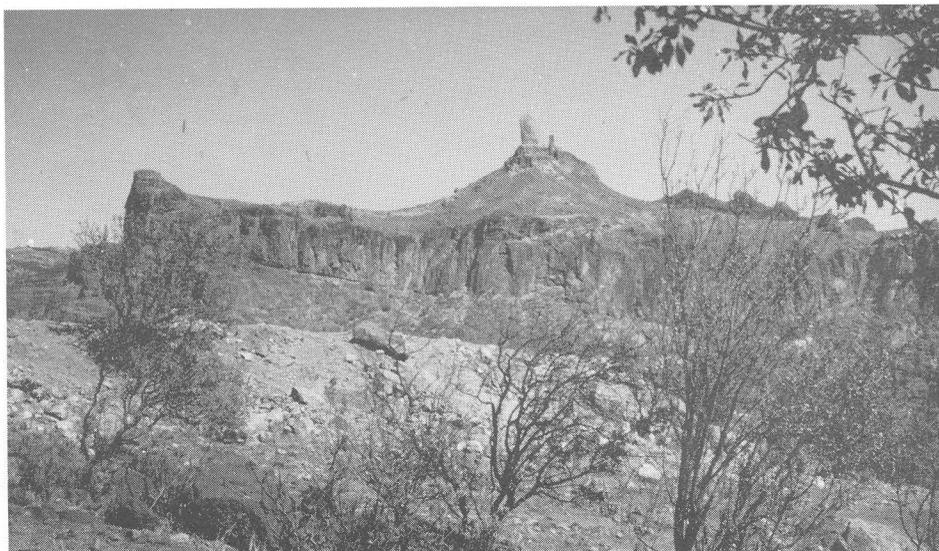
mendros y guinderos, cercados de papas y millo, las barrancadas de llenas aguas, fuentes con ñameras y juncos, las cabeceras de los dos brazos, que bajo los grandes farallones sobre los que se asienta el pueblo, se unen para formar el barranco grande de Tejeda. El del Rincón nos ofrece la variada topografía del Lomo de los Santos, la Erilla, el Majuelo, Peña Rajada, huertos y arcones dentro de las casas de piedra, la fruta de los ciruelos y la curiosa fuente de la Pata de la Gallina, con la señal de sus tres dedos gigantes que entraron en tierra cuando la mitología era carne de este valle. La cebada y el trigo verde se empiezan a dorar con el sol de justicia de estos días que andamos. Pero la hermosura de los almendros verdinegros sobre la corriente de las acequias, por la Piedra Molino, tenía algo todavía del mito paradisiaco primero. El molino molía gofio y el agua manaba mansa o balbiando bajo las piedras con llano. Más allá, las montañas se pueblan de retales, escobones, retama, melosilla, incienso, tomillo y tabaibas, yerba-risco y tajinaste, revenchón y alpispiri, en una agradable y terrible desarmonía.

El puente de la Casa de la Huerta nos conduce a otro mundo de donde no está lejana la tragedia. Fue aquí donde durante las últimas grandes avenidas, cuando parecía que el mundo se venía abajo, bajo el turbión de agua, una de estas pobres casas de piedra seca fue arrastrada barranco abajo, dando tumbos por precipicios y piedras, a las cuales la ablación ha dado esas superficies curiosas de monstruos alabeados. Por aquí, aguas arriba se entra a la Culata, y aguas abajo hay bellos prados dorados por el sol que ya pasó el meridio. Las casas tienen una sola planta y la parra delante, techo de dos aguas, de teja, con vigas sin desbatar y cañizos perfectos, dos o tres habitaciones y el alpénder con techo plano de tierra. El patio, empedrado, con cacharros y macetas de

## LAS CUMBRES

culantrillos, malvas y lirios. El terradillo, a lo largo de toda la casa, lleva las vigas al descubierto y colgadas de ellas las bolsas para el cuajo, para el queso de la temporada. Barranco de la Culata arriba, la fuente de Cho Gil nos brinda perlas en hojas de ñamera, en una tierra donde se degustan aguas como en otras el vino o la sangre. En Charco de la Paloma, ya la estación avanzada sobre los meses de primavera, no hay más que un hilillo de agua y las bestias sacando grava.

Pero abajo todo sucede de modo distinto. Abajo es en el valle de Tejada, el Fondillo, cientos de metros bajo el nivel del pueblo, en un mundo que sólo habitarían peces sin ojos si estuviera bajo el océano. La noche fue de pesebre y salto de serbatana, después de haber descendido por la rosada cadencia de las toscas y los farallones la tarde anterior, después de haber pasado los charcos de limo de remansos que la oscuridad creciente se comía y cenado en el molino que Baucis y Filemón cuidan en la eternidad. El día al pie del Bentaiga, entre la Vista de la Virgen y la montaña de la Cruz, junto al rumor del agua y al eco de las montañas, con el buceo de los estratos basálticos por telón cercano, sumergidos en las aguas remansadas muchas horas o contemplando simplemente cómo bordonean los dorados moscardones, las libélulas azules o rojas, las mariposas blancas o amarillas, y más alto, cómo vuelan los guirres o rasan la tierra los aburrones barruntando tiempo fresco, o el croar siniestro de los cuervos. Los juncos pueblan los antiguos cauces — ¡qué grato perderse entre ellos! —; las huertas, altas con ciruelos, almendros y parras. Mientras el sol avanza atruenan el espacio el chirrido de los saltamontes o cigarrones azules y pequeños, pardos y gigantes, grises, amarillos o rosados, de tal variedad cromática como los cantos roda-



dos, azules, pardos, rosados o grises, cuajados de fucos verdes en la corriente que lleva flores de cerezo. Cuando ésta se remansa hay cien mil tejederas, escarabajos de agua, larvas, gusanillos pegados a las rocas.

Ahora, recordándolo, está amaneciendo en la fonda del pueblo. La fonda donde el fuego arde en el llar, las viejas tras el fuego se atan el pañuelo a la cabeza, donde el patio tiene ñameras, pila y el comedor locero de más de cien años, con vasos de porcelana, platos pintorescos, tallas hermosas, panzudas, oscuras, con ancestrales dibujos de Artenara, donde hay sillas de Vallesco que han soportado el sudor de tierra de los viejos cansados, donde las camas son duras y limpias, donde tarda la luz porque el sol está tras la cumbre recreándose en la solana de la isla; donde el aire es fino como el hilo de los telares... Mientras asciendo cadenas arriba, va girando ante mí la visión del valle, siempre distinto. Y de pronto un grito de piedra me desgarró: el Nublo señala al cielo con su dedo incendiado. Las huertas van desapareciendo tragadas por la desolación. Más arriba hay frío y

humedad y jirones de niebla desgajándose por las maclas del Chapin. Viene conmigo una vieja terrosa, delgada, arrugada y alta, de ojos azules en una cara correcta en sus arrugas geológicas, toda de negro y mantilla negra, llena de humor entre los ramos de flores, de viudas, calas, azucenas. Es para mí el espíritu del Valle que parece acompañarme. ¿Lo llevaré conmigo para siempre? ¿Se escapan de esta hirviente caldera, al mundo, los espíritus de Tejada? Otros cuencos de la tierra parecen tener a los bordes el colmo de sus gigantes y sus gnomos. En cambio, Tejada derrama su semilla al universo mundo. Sacerdotes de mirada clara, tos en el pecho arqueado, luces de amanecida en los libros fríos; empresarios de quimeras orgullosas por tierras de América. Pero eso no es todo. Hay quien prefiere, lleno de energía, joven, y sin embargo igual a esta vieja que va a mi lado, permanecer por toda una eternidad junto a la mula blanca subiendo los escalones de la degollada, entre turneras, almendros y precipicios. Esta es la tierra de los equilibrios y los contrastes. Esta es la isla vieja y la isla viva, la tempestad de arriba y la paz horaciana bajo las paredes de abajo. Asoma sobre una imperceptible línea blanca, Tejada; la verticalidad negra del Chapin sobre la huerta del Majuelo... Hace más de cien años, en una época imprecisa, las violentas cuestiones del agua entre la Aldea y Tejada se hicieron historia en una expedición militar sobre el impresionante escorzo de montañas que conducen a las fuentes. La milicia alcanzó con sus disparos a una vieja que defendía la independencia de sus aguas, y su cadáver rodó piedras abajo como una hoja seca cuando llega el invierno de los altos. ¿Encarnó Tejada en este espíritu azul que llevo a mi costado? La otra vertiente está cubierta de escobones y retamas amarillas.

Antonio de la Nuez Caballero

